
La noticia de que Schlingen había llegado á Marplatina alegró muchos corazones y muchísimos estómagos. Era el ídolo bursátil, ayer derribado, pisoteado y odiado; hoy sobre el ara reverenciado y admirado; mañana tal vez caído de nuevo y cubierto de desprecio, elemento social de gran valía, como lo es todo el que convida en grande, llámese como se llame, sea quien fuese y venga de donde viniere, y su presencia anuncio de que *La Walkyria*, la preciosa *villa* que á orillas del mar había edificado para descanso suyo y solaz de su mujer, resonaría con el eco de las fiestas, corriendo el champaña á raudales entre vanas orquídeas y olorosas trufas.

¡*La Walkyria!* ¿quién no la conocía en Marplatina? ¿de quién no encendía la curiosidad con sus rechonchos torreones medievales, sus dentelladas almenas y la severa torre del homenaje, artificiosamente ennegrecido todo y cubierto de yedra y de jaramago, como un castillo del Rhin que viera desfilan los siglos, ceñudo é imponente? Rodeada de jardines risueños, en la alegre vecindad de *chalets* suizos y caprichosos edificios de todos los estilos, parecía una máscara de humor triste disfrazada de guerrero en un baile de Carnaval.

Por dentro no la conocían sino los amigos é íntimos de la feliz pareja. Estaba decorada con rigurosa sujeción al gusto germánico; las bonitas maderas del país, curiosamente pulidas, relucían en todas las habitaciones, de tono obscuro las del comedor, despacho y fumadero; claras las demás y pintadas de laca blanca las del salón principal, con detalles campestres en muebles y adornos, que revelaban la pericia y arte del D. Federico, habilísimo ebanista de

afición que, armado de escoplo y de paciencia, distraía sus tristezas de marido burlado en el taller que en uno de los torreones tenía, mientras la hermosa Adelaida campaba por sus caprichos libremente... El contraste de sus caracteres, la ligereza y el orden, lo frívolo y lo adusto, aparecía en cada sala visible: junto al hondo sillón de robustos brazos, la palmera con lazos de seda; sobre las consolas de piernas salomónicas, los pañolitos de encaje plegados y los muñequillos de bazar; vulgares almohadones de la China sobre el lustrado pavimento de mosaico, y las paredes afeadas por el enjambre de fotografías deleznable, y sólo en el hecho de que la profanación se consintiera adivinábase que en *La Walkyria* habitaban un amo y un esclavo, y la insolente preponderancia de lo frívolo denunciaba quién era el amo y quién el esclavo, con tal franqueza que no había lugar á dudas.

Tampoco, á decir verdad, se cuidaban de ocultarlo el sometido y la dominadora, ella con el gesto de criolla engreída y volunta-

riosa, él con su timidez casi infantil de alemán cachazudo. Era ella morenita, pequeña, de facciones cinceladas, los ojos enormes y dulcísimos, el talle de niña, gata sensual y holgazana de uñas temibles, que sabía disimularlas tan bien como los años; él, un coloso, un hulano de férrea musculatura, de carnes sanas, la cabeza y las barbas amarillentas: con un solo estrujón de su manaza de Hércules haría perecer á la gata indolente, y á ella se entregaba y dejábase sobar entre sus manecitas aterciopeladas, temblando el león de miedo como un ratoncillo, lo mismo hoy que el primer día de la boda, en todas las vicisitudes de fortuna y variados devaneos de la que, perdonándole generosa su condición de inmigrante, aunque afortunado, afirmaba orgullosamente su estirpe colonial, hija de un Paso, de los de la rama más lozana.

Cerraba D. Federico los ojos y se desentendía de las correrías gatunas de Adelaida, absorbido por los negocios en la ciudad y por su labor de ebanista en Marplatina, cie-

go y sordo de conveniencia que todo lo sacrificaba, la dignidad y el honor, á la paz conyugal y al placer de gustar las piltrafas de un amor compasivamente otorgado. Sufría de sus preferencias, sin embargo; rabiaba de la duración de sus caprichos, algunos tan constantes que empalmaron un año con otro, y cuando ocurría el rompimiento, inevitable y seguro, abandonaba títulos de Bolsa y útiles de carpintería, y alegremente se acercaba á su mujer, emocionado como novio tímido... Desgraciadamente, la luna de miel se eclipsaba á poco, porque para la gata de Schlingen todo el año era Enero, y no era D. Federico quien se atrevía á ponerla el cascabel.

Lo de Pares llevaba trazas de prolongarse más de lo regular. D. Federico, que entendía mucho de cuentas, naturalmente, sabía, de modo positivo, que sumaba dos años y tres meses; reinado más largo no conoció él, porque el que más, llegó con trabajo á dos años, y alguno hubo que no pasó de ocho días; ¡si lo sabría él, que contaba los

minutos sin perder uno, y estudiaba síntomas y efectos, conocedor de la complicada psicología de Adelaida mejor que de la propia! Por eso, aburrido, desesperado, en la temporada actual retardó todo lo posible la venida, de modo que la ausencia y las ocasiones de nuevos caprichos desarraigaran aquel que parecía tan firme, y para retardarla echó mano al bolsillo y compró el más hermoso collar de perlas que encontró en los escaparates de la calle Florida; pero la gata condenada maulló impaciente, sacó las uñas, y no tuvo más remedio el coloso que traerla á Marplatina, consolándose con la idea de sumergirse en la tranquilidad de su taller y buscar en el trabajo la distracción que necesitaba para esperar con paciencia el trueno que había de separar á Rómulo de Adelaida. ¡Cosa curiosa! sus negocios más estupendos de Bolsa y sus más primorosos trabajos en madera los llevó á cabo en estos períodos de forzado reemplazo, que todo tiene su compensación en este mundo y no siempre han de ir los palos con los cuernos.

¡Claro está! Apenas se vió Adelaida en *La Walkyria*, sin mudarse de traje ni descansar siquiera, *ris, ras*, le escribió cuatro letritas á Rómulo notificándole su llegada... Tenía ella sus sospechas, unas sospechas bien fundadas, de que el tunante se la estaba jugando, ¡digo!, no era la primera vez ya el año último, á poco que se descuidara se la pega con una de Prisco, riquísima, aunque bastante fea, porque de los Pares era conocido deporte la caza de los centavos; y si ella no chilla, alborota y le araña, el himeneo le arrebató uno de los hombres más enloquecedores que había conocido. Pues ahora, las noticias y confidencias de amigas eran que Ernestina Asnabal repetía el paso de la de Prisco, con probabilidades de triunfo, con vislumbres clarísimas de éxito, porque Ernestina poseía, además, el gancho de la belleza, que era miel sobre hojuelas. Adelaida estaba, pues, furiosa, muy furiosa.

Ris, ras: allá te va la cartita, para que supiera que vigilaba, que se defendería,

que le estorbaría sus criminales planes. Y esperó la deseada visita, pronta á saltarle encima y sacarle los ojos. Pero el joven no vino en dos ni en tres días. Los que vinieron fueron todos los amigos del *Manchester* y cuantos en Marplatina se preciaban de disfrutar de su amistad, al olor de las fiestas, no faltando quien la insinuara que la sospechada traición parecía un hecho consumado.

Adelaida gimió dolorosamente. Podrían ser exagerados los informes, pero no dudaba de la verosimilitud de cuantos chismes caritativos la trajeron. Lo de Ernestina era ya añejo: antes de que la familia marchara á Europa tuvo con él sus peloteras por culpa de la chiquilla mayor... ¡Menuda iba á ser la que le armase ahora! En plena Rambla le abofetearía, con tanto gusto como si le acariciara.

Entretanto, la trastornaba el despecho. Iba y venía por la casa descargando su enojo sobre el marido y sobre los criados, ó sobre los objetos: en todo aquello que no pue-

de ó no sabe quejarse. Don Federico, que conocía los síntomas, sonreía entre sus bigotes amarillos: era el trueno que se acercaba, el esperado fin de aquel reinado tan largo. Y seguía manipulando sus leznas, serruchos, escoplos y martillos, torneando, limando, plumeando el delicado marco Luis XV que dedicaba cariñosamente al último retrato de su mujer, mientras sobre su cabeza erizada de león silbaban las injurias de Adelaida y caían como balas sobre su mesa de trabajo; agachaba la melena, arqueaba los lomos y seguía sonriendo con disimulo entre sus bigotes amarillos. Ya se le pasaría, después de la ruptura, y vendría á él mimosa y arrepentida, convencida de que el único que la quería bien en el mundo era su pobre marido, tan paciente, tan sufrido y resignado. Sólo de pensar en la reconciliación se le llenaban de lágrimas los ojos á D. Federico; y como en otras ocasiones análogas, rumiaba la manera de celebrar el suceso... ¿con nueva joya valiosa? ¿con un banquete?... Ya se lo preguntaría

á ella, la gatita pérfida, cuando la tuviera en sus brazos y recuperara su derecho de posesión.

Pasaron ocho días, y como Rómulo no venía á *La Walkyria*, ni Adelaida iba al balneario con pretexto de fatiga ó de jaqueca, no sabía de él más que lo que la oficiosidad de los amigos se encargaba de comunicarla; y desesperada, al cabo, una tarde se presentó en el casino, á la hora del concierto, y tuvo la satisfacción, ¡qué satisfacción más grande!, de llamarle canalla, indecente y sinvergüenza á boca llena... Las feísimas palabras salían de sus labios finos como suspiros de amor, con tal disimulo las pronunciaba, tal cuidado ponía en no descomponerse ante el concurso que admiraba su elegancia y su lujo asombrosos, y Rómulo, asustado, se excusó, la pidió perdón, de miedo al escándalo.

—Esta noche irás á comer á casa —decía imperiosamente Adelaida mientras saludaba risueña á las de Asnabal, á las de Soto más lejos, á todos los conocidos; —te espero

á comer. Comida íntima, muy íntima. Allí te explicarás, bien claro, para que te entienda y te disculpe. Si no vas, te reviento. Relleno de aire, que es lo mismo que de vanidad, me bastará plantarte el pie encima.

—Iré —contestó Rómulo, sumiso; — ¿me permites que lleve algún amigo?

—Lleva cuantos quieras, que así entretendrán á Federico mientras yo te ajusto las cuentas.

Le dejó para ir á charlar con misia Loreto, y nadie escuchaba por mirarla, muchos se levantaban para cortarla el paso y honrarse en estrechar su mano, y de un extremo al otro palpitaba en todos los labios su nombre: — ¡Es la de Schlingen!... ¡la de Schlingen!... tributo de curiosidad, vítores sofocados que consagraban el triunfo social, eterno, del oro aleado con el vicio.

Por la noche, *La Walkyria* resplandeció mágicamente, y sus torreones se miraron en las negras aguas por los ojos de fuego de sus ventanas; las flores, á brazadas, fueron distribuídas en las habitaciones.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

caros, en guirnaldas sobre el mantel del festín ó esparcidas simplemente en consolas y veladores, y la agitada servidumbre, del estrado á las cocinas, trabajó á porfía como en los días de grandes recepciones... Rómulo, con D. Valentín y Gabinito, llegó temprano, al obscurecer, contrariado pero decidido, y entró en el vestíbulo con el aire del combatiente que nada teme y á todo está resuelto. Dos criados, vestidos de caballeros, les despojaron de sus gabanes, y mientras estudiaban en el espejo la corrección de sus convexas pecheras blancas, los pliegues del *smoking* y la disciplina del peinado, dijéronles aquéllos que la señora no había bajado todavía, y que el señor estaba entretenido en su taller. Bueno; irían á sorprender al buen hombre, al gran bolsista, al marido incomparable, en medio de su recogimiento filosófico y ejemplar.

—¿No les parece á ustedes?—consultó Rómulo con las manos en los bolsillos y bostezando ya.

Gabinito habría deseado espatarrarse en

uno de aquellos divanes que ofrecían cómodo asiento; pero D. Valentín votó también por la sorpresa, y allá fueron los tres guiados por un criado, subieron la escalerilla de la torre y llamaron en la cerrada puerta del segundo piso.

—¡Adelante!—pronunció con germano acento la voz de Schlingen.

Y al mismo tiempo la puerta se abrió, y se presentó D. Federico de amplia blusa, teniendo en las manos un trozo de madera y una lima. El taller, grande, con poleas y tornos que movía la electricidad, estaba iluminado por un foco de luz que del centro del techo repartía sus beneficios á los últimos rincones, y era de peladas paredes, de techo abovedado, sin más adornos que el orden, ni otros enseres que los relativos al oficio, que allí recibía culto tan fervoroso como si el pan de cada día se amasara en él; no se veía una silla para un remedio, y menos para una ocasión como aquélla, en que tres caballeros estiraditos y bien prendidos se aventuraban á hollar con sus za-

patos de charol el polvoriento lecho de virtutas.

—Señores, no pasen ustedes — exclamó alarmado D. Federico,—ya bajo... Me he entretenido con esta talla... Pero estoy vestido, ¿eh? les aguardaba á ustedes.

Desabrochó la blusa, y enseñó la pechera ajustada por dos perlas gordas como garbanzos, obstinándose en no dejarles pasar porque no se mancharan; pero los visitantes porfiaron en satisfacer su deseo de curiosear, y el hombretón, que él solo llenaba el taller, cíclope en su fragua, sonrió encantado, y como niño sus primores caligráficos, fué mostrando las tallas, los torneados, las obras todas en gestación y las ya terminadas, algunas á medio concluir de años atrás, pues no trabajaba sino en la temporada de Marplatina, que en la ciudad no tenía taller, y aunque lo tuviera, los negocios tiránicos no le concedían vagar. Por su cara erizada de pelos y coloreada de sangre á brochazos, mala pintura de aficionado, brotaba el contento infantil de merecer

la alabanza y la admiración de aquellos profanos que abrían la boca viendo la delicada talla del marco Luis XV, por ejemplo, encaje de madera que parecía quebrarse entre sus toscos dedos.

—¿Han reparado ustedes en el vargueño del despacho? es del más puro estilo; y muy pocos son capaces de apreciar la imitación. ¡Ah! ¡ah! en caso de necesidad, sabría ganarme mi pan: ¡si falla un golpe de Bolsa, no fallan, no, los golpecitos del martillo!

Orgullosa, más satisfecho que si por una jugada afortunada recibiera los plácemes, llevábales de aquí para allí:—¿Y esto?... ¿y esto?... extasiándose él mismo ante las propias obras. Dió la corriente á la maquinaria eléctrica, y el alegre movimiento le entusiasmó al punto de coger un palitroque y echar mano á la faena de tornearlo en pocos minutos, de modo que se convencieran de su habilidad. ¡Ah! ¡el noble, el santo trabajo!

—Crea usted que consuela de muchas cosas—dijo de pronto, volviéndose á Rómulo.—Aquí doy pulimento á la madera y á

mis ideas; las desbaste, las aliso, al mismo tiempo que á mi obra, y las transformo en lo práctico que exige la realidad. Traígame usted una docena de sueños románticos, todos los disparates de la imaginación, anhelos, desvelos, y por corta substancia que tengan, en mi taller lo convertiré todo en algo útil, asimilable, provechoso. ¡Trabajar es olvidar, y olvidar es vivir!

Paró la corriente, arrojó el torneado palitroque, y quedó junto á la mesa tristemente silencioso.

—Vaya, vaya con el amigo Schlingen—resolló Gabinito;—es todo un artista y un filósofo... ¿Y como hombre de negocios? el rey de la rueda.

D. Valentín y Rómulo nada dijeron, algo impresionados de la actitud del Hércules, cuya frente se había arrugado al soplo de ingratos pensamientos. Pero no tardó en levantar la cabeza, y risueño de nuevo, les empujaba fuera, porque acaso Adelaida les esperaba ya, y no sería cortés que hicieran esperar á la señora.

Abajo, mientras D. Federico se quitaba la blusa, desempolvaba y arreglaba los pelos, entraron los tres convidados en el despacho, y muy cómodamente en un sofá vieron que esperaba, sentado, el rojo don Gustavo, el *Camarón*, tan tranquilo, consolándose de la soledad y de la espera con una copita de *vermouth*, que se había hecho servir, y en un platillo sobre la consola más próxima le prestaba dulce compañía. ¡El demonio del *Camarón*! como desahogado lo era, ciertamente, y pocos le emulaban. Abriéronseles las ganas á los otros del aperitivo, y llamaron para que les sirvieran también, especialmente Gabinito, cuya dispepsia necesitaba de toda clase de recursos á fin de paliar su insistencia dolorosa; sirviéronles, se sentaron, y cada cual trabó animado diálogo con su copa, sin cuidarse del vecino.

D. Gustavo apenas se incorporó cuando ellos entraron, saludándoles con perezoso movimiento de la mano; aburridos mutuamente de encontrarse en todas partes, nada

tenían que decirse. Recogía la copa del platillo, sacaba una lengua muy larga, lamía el borde, sorbía un trago y la dejaba de nuevo, cerrando los ojos abotargados. El olor de las flores molestaba mucho, palabra de honor...

—¡Palabra de honor!—repitió D. Gustavo alargando el brazo hacia la copa;—tantas flores envenenan la respiración. Aquí, obsérvenlo ustedes bien, todo es excelente: la casa, el menaje, el servicio, la mesa, ¡oh! la mesa, el *summum*, el *non plus ultra*... Excelente este *vermouth*, turinense legítimo. Excelente el dueño, excelentísimo, como hombre, como amigo, como marido. Lo malo es la mujer. Mujer terrible. Donde pone la mano, mete el pie chiquitito y monísimo.

D. Valentín, conciliador, protestó amistosamente y opuso una frase amable al indiscreto, pero el alemán se obstinó machacón:

—Mujer terrible, mujer fatal. ¡Oh! *ya*.

La cerrada pronunciación y el gracioso

trueque de letras hacía gracia á Gabinito, que le dirigía señas de que callara por causa de los criados, de guardia en la antesala; y Rómulo, á quien D. Gustavo parecía trasladar su ofensivo juicio con impertinente fijeza de mirada, expresaba en un encogimiento de los hombros su *¿á mí qué?* favorito, el *¿qué se me da á mí?* de su desprecio.

Siempre el *Camarón* estaba borracho; saturado de alcohol, bastábale una gota para trastornarle y echarle á perder la escasa discreción que en estado normal mostraba. Sólo el salvoconducto de su fortuna, hecha detrás de un mostrador vendiendo píldoras, le permitía alternar con las personas distinguidas.

Y á D. Valentín le soltó por lo bajo:

—Verá usted cómo á los postres rueda debajo de la mesa.

—¡Mujer perversa, mujer fatal!—seguía mascullando D. Gustavo en cada viaje al platillo cercano.

El roce de un vestido anunció la presencia de Adelaida, que apareció luego encan-